



Miguel Aranguren *

Clarines y timbales

La primera vez que acudí a una corrida de toros fue de la mano de mi abuelo materno, que fue ganadero de reses bravas y consolidó una amistad sincera con Antonio Ordóñez. Yo vestía pantalones cortos y no tenía conciencia del lugar al que iba a entrar para, en adelante, no volver a salir. Surcamos el vomitorio del tendido bajo del 10, en mi caso intimidado por el gentío, el aroma de los vengueros, los gritos de los vendedores de almohadillas y una marea de empujones. En un instante, un golpe de colores me dejó sobrecogido: el ocre apagado de la arena, el escarlata de los burladeros, las banderas que coronaban las gradas, el siena del ladrillo y la teja, la bóveda del cielo azulísimo de Madrid. Después vino el *paseillo*, acompañado por un pasodoble, el fulgor de los vestidos de luces y su mezcla de tonalidades, el fucsia de los capotes y la negrura del toro. Volví a mi casa sacudido por intensas emociones que me acompañan desde entonces y que han fraguado mi modo de entender la ética y la estética.

Bellas artes

Si la Fiesta hubiera tenido su origen en Italia, si estuviese anclada en la cultura

del Reino Unido, si se hubiera expandido por todo Francia, si fuesen los alemanes quienes la nombraran parte de su legado, si los EE. UU. se hubiesen apropiado de esta herencia que recibió México... la tauromaquia sería patrimonio universal, una más entre las Bellas Artes.

«La tauromaquia, más que defensores precisa quien sea capaz de contarla, mostrarla en su totalidad: desde el campo donde se cría al toro a los sucesos que llenan la lidia»

Cada tarde de mayo y comienzos de junio, con motivo de la feria de San Isidro, Madrid congrega unas veintitrés mil personas diarias alrededor del redondel de Las Ventas, un fenómeno de masas que no conoce parangón. Además, las Ferias se encadenan de marzo a octubre en casi todas las capitales de provincia, lo que viene a recordarnos que los toros están muy por encima de las polémicas ideológicas.

Siempre soñé con escribir un libro de toros que mostrase al público –también

al que se percibe indiferente o, incluso, enemigo de la Fiesta– la razón de este espectáculo atávico en pleno siglo XXI. La tauromaquia, más que defensores precisa quien sea capaz de contarla, mostrarla en su totalidad: desde el campo donde se cría al toro a los sucesos que llenan la lidia, desde el rejoneo a los festejos populares. Narrarla desde dentro ha sido, sin duda, mi gran aventura literaria.

¡Que suenen los clarines!

* Miguel Aranguren es autor de *Toros para antitaurinos* (Biblioteca Homo Legens)

